

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Seguro en las manos de Dios -

Salmo 31

(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Salmo 31:1-24

Dios ve y oye

En el Salmo 31, David nos permite conocer su corazón. A lo largo de su vida ya había superado con éxito muchos peligros. Con valentía protegió su rebaño de ovejas de las bestias salvajes, se enfrentó resueltamente al gigante Goliat en nombre de Dios, y como jefe del ejército de Saúl derrotó a los enemigos.

Ahora, David está de nuevo con el agua al cuello. Él describe cómo las olas de la persecución y la calumnia lo abruman. ¿Cómo afronta el conflicto en este caso? Apoyándose en su Dios, le expresa repetidamente su confianza: “En ti, oh Señor, he confiado... En tu mano encomiendo mi espíritu... Me gozaré... porque has visto mi aflicción; has conocido mi alma en las angustias” (vs. 1,5,7).

Si leemos el salmo en su contexto, nos damos cuenta de que David sigue su camino con valentía a pesar de todas las resistencias. Él sabe: mi Dios es el Señor del destino y de la historia. Tiene mi vida y todo lo que sucede en este planeta en sus manos. Con Él puedo hablar de cualquier cosa. Me da seguridad y paz. El abismo desolado en el que David fue arrojado no lo mantiene cautivo, porque Dios no lo ha expulsado. Dios lo escucha y lo atiende. Dios muestra misericordia a David. Aún cerca de la desesperación, David sabe: soy amado por Dios. Él no me ignora, Él me escucha cuando llamo (lea Gn. 16:13; 2.S. 22:7; Sal. 94:9).

Tal vez usted se encuentra en una situación similar a la de David. Entonces quiero que sepa hoy: el camino hacia Dios está abierto para usted. ¡Él lo escucha y viene a su encuentro con su bondad! (Lea Salmo 28:6,7.)



Día 2

Salmo 31:1-5

Sostenido por Dios

David tiene una conversación intensa con Dios acerca de su dramática situación. Tres veces, en los primeros versículos, pide al Señor que intervenga rápidamente: “No me dejes perecer; ayúdame con tu justicia; inclina a mí tu oído y escúchame” (v.1b,2a, trad. libre). Las palabras de David muestran la enorme presión a la que está sometido. Subraya esta urgencia añadiendo: “¡Sálvame pronto!”

David pide la intervención de Dios porque se siente abrumado por los acontecimientos. Ya no puede ver su camino. Pide encarecidamente a Dios que lo escuche con los oídos abiertos, responda a su grito y lo libere de la trampa que le han puesto los enemigos. “Así como David llama a Dios aquí, sólo ora uno que está en lo más bajo y no ve ninguna razón para sentirse seguro de sí mismo. Se ha dado cuenta de que no le queda más remedio que confiar en el Señor, que no hay nadie que pueda ayudarlo sino solo el Señor” (B. Peters).

David pone toda su esperanza en Dios: “En ti, oh Señor, he confiado”. Hay una diferencia si alguien dice algo así, cuando todo va bien o cuando el camino está lleno de dificultades y retos inmanejables. ¿También nosotros decimos de corazón: “Señor, confío en ti”, cuando la gente nos abandona, cuando se nos olvida o cuando se nos calumnia (comp. Sal. 31:12-14; 71:1)?

Quien confía seriamente en Dios puede estar seguro de que sus caminos con Él son buenos y rectos. Aunque el suelo se tambalee bajo nuestros pies, nunca caemos más abajo que en sus manos. “Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido” (Sal. 63:8; comp. Dt. 33:27; Sal. 91:4).



Día 3

Salmo 31:2-4

Resguardado en Dios

Había en Israel en las rocas muchas cuevas, en las que David, perseguido por sus enemigos, podía refugiarse. Por lo tanto, muchas veces utiliza la metáfora de la *roca* para su Dios. Así deja claro: Con Dios estoy seguro, protegido y custodiado. “Sólo Él es mi roca y mi salvación; Él es mi protector, y no habré de caer. Dios es mi salvación y mi gloria; es la roca que me fortalece; ¡mi refugio está en Dios!” (Sal. 62:6,7, NVI; comp. Sal. 28:1; 92:15, NVI).

Para expresar su seguridad en Dios, David también dice que Dios es para él su *castillo* seguro (comp. Sal. 18:2). En un castillo puede estar bajo custodia, como lo experimentó más tarde Martín Lutero en el castillo de Wartburg, a donde fue tomado en arresto preventivo. Con Dios, David está a salvo de sus perseguidores.

Pero también de los peligros que nos acechan a nosotros mismos, en nuestro corazón, Dios puede protegernos. “Quien se ha conocido un poco a sí mismo, sabe que el mayor enemigo no es el otro, sino su propio corazón. Para él es libertad ser retenido por Dios de tal manera que su voluntad egoísta queda cautiva” (Benedikt Peters; comp. 2.Co. 10:5).

Pero David no sólo piensa en su propia seguridad, sino también en la gloria de Dios. Él ora: “Por tu nombre me guiarás y me encaminarás” (Sal. 31:3b). ¡Que el Señor se destaque grandemente, sea alabado y glorificado! Quienes actúan contra David deben ver que Dios cumple sus promesas, más aún, que le guía por el mejor camino (comp. Sal. 23:1-3).

Cuanto más meditemos en la ayuda bondadosa que Dios nos da, aunque no la merezcamos, tanto más aumentará nuestra gratitud y amor hacia Él (comp. 2.S. 22:49,50; Sal. 86:12,13; Is. 12:1).



Día 4

Salmos 31:4; 25:15

Dios es más grande que cualquier necesidad

Los enemigos de David están rebosantes de astucia e intriga. Con nuevos ataques, intentan tenderle una trampa. Quieren atraparle como a una presa de caza. David tuvo que repetir esta amarga experiencia: “Porque sin causa me echaron su red en un hoyo, sin causa cavaron hoyo para mi alma (Sal. 35:7; comp. Sal. 57:6). Sin embargo, en medio de las situaciones de angustia, experimentó la intervención liberadora de Dios.

“Nuestros adversarios espirituales son todos del mismo tipo. Tratan de atraparnos con astucia y malicia. Pero el Señor es capaz de cumplir con cualquier necesidad. Su omnipotencia rompe la red que ha puesto la inteligencia humana. Aunque nosotros seamos pobres víctimas en la red, Dios nunca lo es”. (C.H. Spurgeon)

David se aferra a su Dios y ora: “Tú eres mi refugio”. Así confronta el poder de sus enemigos con el poder de Dios. El orante se asocia con aquel, a cuya fuerza creadora nadie puede superar (comp. Sal. 93:4). Nuestra propia fuerza a menudo no es suficiente, pero la fuerza de Dios está a la altura de cualquier ataque aún tan hostil.

Cuando el profeta Jeremías fue comisionado por Dios para adquirir un campo, el ejército babilónico ya estaba acampado en los portales de Jerusalén para llevar al pueblo al exilio. La carta de venta se dio a su escriba Baruc, para que él la conserve. Así, antes de su destierro a Babilonia, Israel tenía una garantía de que volvería a su patria (Esta historia se encuentra en Jeremías 32:2,3,8-17).

Consolado por la promesa de Dios, Jeremías oró: “Oh Señor, he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra, con tu gran poder y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti” (Jer. 32:17; comp. 1.Cr. 29:12; Job 42:2). Cuanto más pensamos en Dios, menos nos afligen las necesidades.



Día 5

Salmo 31:5; Lucas 23:46

Completamente en las manos de Dios

En lugar de atormentarse por su futuro, David confía lo más íntimo de su ser en las poderosas manos de Dios. En cierto modo, pone su mente, sus pensamientos y lo que le conmueve bajo la “vigilancia de Dios”. Para nosotros hoy, esto podría significar: Reconozco que no puedo por mí mismo liberarme del laberinto de mis pensamientos. Ya no quiero hacer y deshacer a mi manera. Pongo mis pensamientos, mis juicios, mis planificaciones y toda mi vida bajo la dirección de Dios.

David se encomienda sin reservas en las manos de Dios. “La continuación: ‘me has redimido’ quiere decir que, suelto del lazo de los perseguidores, él está ahora enteramente en manos de Dios. Pero Dios quiere que los hombres pongan su vida bajo su cuidado voluntariamente.

La redención siempre está vinculada con la entrega o encomienda de la vida a Dios. Por lo tanto, la redención crea una distancia de aquellos que antes se habían apoderado de todo pensamiento y actividad” (D. Schneider). David, de esta manera, encuentra paz y seguridad, aunque sus enemigos, como muestran los versículos siguientes, todavía conspiran contra él.

No sólo David oraba con estas palabras: “En tus manos encomiendo mi espíritu”. Jesús mismo los pronunció en su agonía en la cruz. ¿Cómo se puede notar esto en coherencia con su grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46) Lo que aquí parece una contradicción, coincide precisamente en la hora más oscura: su desamparo de Dios y su confianza más profunda en Dios.

Después de la resurrección del Señor, fue Esteban quien, muriendo bajo el lanzamiento de piedras de sus enemigos, oró con palabras similares: “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (lea Hch. 7:54-60). Quien pertenece a Jesús y confía en Él, aunque esté muerto, vivirá (Jn. 11:25,26).



Día 6

Salmo 31:6; Isaías 26:3

Es recomendable confiar en Dios

David dice que odia “a los que veneran a ídolos vanos” (NVI). “No se trata del odio y el desprecio por el hombre, sino del abandono radical de las prácticas de idolatría” (D. Schneider). David no acepta las creencias ni las acciones de aquellos que se dedican a ideas supersticiosas y a las costumbres del ocultismo. RV traduce “que esperan en vanidades ilusorias”, en “imágenes de talla, vanidades ajenas” (Jer. 8:19b), que incluye también los talismanes y los “encantos” del brujo.

Mucha gente dirige su adoración a “quien no es Dios como yo,... sus ídolos indignos” (Dt. 32:21a, NVI). Con su aborrecimiento, David declara su absoluta falta de fiabilidad. Él no tolera los soportes que no sostienen de verdad.

¡Cuántas ideas esotéricas y prácticas de hechicería caracterizan nuestra sociedad! ¿Tenemos el valor de optar por un discipulado intransigente de Jesús y de distanciarnos conscientemente, incluso públicamente, de tales engaños? (Lea Jer. 14:20-22; 1.Ts. 1:8-10.)

David dice claramente en quien basa su vida: “Yo, por mi parte, confío en ti, Señor” (NVI). Con Él hallará un sostén en el torbellino de sus días. Sabe que frente a todos los ataques y en todas las impugnaciones, Dios le sostiene.

En este conocimiento se basa su intuición espiritual, que comparte también con los creyentes en otros cánticos de oración: “Deja al Señor la dirección de tu vida y confía en Él, que Él hará lo correcto” (Sal. 37:5, trad. libre). “Echa sobre el Señor tu carga, y Él te sustentará; no dejará para siempre caído al justo (Sal. 55:22).

Salomón escribe más tarde: “Fíate del Señor de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas” (Pr. 3:5,6). Aunque esta posición a mucha gente le parezca alejada de la realidad, es lo más realista, confiar plenamente en el Señor.



Día 7

Salmos 31:7,8; 18:19,36

Dios nos pone en lugar espacioso

La esperanza, que David pone en su Dios, tiene un efecto patente. Él puede regocijarse porque experimenta el cuidado de Dios: El Dios vivo cuida de sus necesidades y de sus miedos. No lo va a dejar a merced de sus enemigos.

¡Cuántas veces había visto David la mano de ayuda de Dios! Pensemos, por ejemplo, en la dramática situación en la que David con sus hombres fueron encerrados por Saúl y su gente, en el desierto de Zif. Desde el punto de vista humano, no tenían escape. Pero cuando el caso parecía definitivamente perdido, Saúl fue llamado inesperadamente a volver, por una irrupción bélica. Así que Dios proveyó la protección de David y le abrió un espacio seguro y amplio (1.S. 23:14-28).

Diferentes relatos bíblicos nos muestran de manera convincente, cómo Dios ha salvado a las personas en extrema necesidad y en peligro de muerte:

- Los tres hombres de los cuales se relata en Daniel 3:20-30, escaparon, sin sufrir ningún daño y sin olor a fuego, del horno de fuego ardiendo.
- Los apóstoles relatan que su ministerio con autoridad en Jerusalén fue observado con envidia por las autoridades espirituales. Los pusieron en la cárcel pública. Pero en la noche, un ángel del Señor vino, abrió las puertas de la cárcel y los sacó (Hch. 5:17-20).
- Algún tiempo después, Pedro fue encadenado en la cárcel. Una vez más, Dios hizo un milagro que sorprendió a los creyentes, como se lee en Hechos 12:1-11.

Sin embargo, sabemos que Dios no siempre interviene de esta manera y pone fin a las circunstancias difíciles. C.H.Spurgeon escribe: “No pocos santos gozaban de la mayor libertad interior cuando se encontraban en la mayor tribulación exterior. Su alma estaba en lugar espacioso... El poder de la gracia es capaz de cumplir con toda necesidad”. (Comp. Sal. 46:1; 2.Co. 4:8,9; 12:10).



Día 8

Salmos 31:9-15; 34:4

Dios escucha la oración

David fija su mirada en Dios con confianza (Sal. 31:1-6). Sabe que Dios cuida de él (vs.7,8). Ahora habla abiertamente de su gran necesidad: está en angustia. Describe detalladamente su estado físico y mental. Se nota lo deprimido que está. David ya no puede ver con claridad por toda su tristeza. Se siente completamente impotente, atrapado en preocupación y sufrimiento.

Sus sentimientos de culpa agotan sus fuerzas. Por causa de sus enemigos se avergüenza y sus vecinos se burlan de él. Se siente abandonado y olvidado por sus amigos y vecinos. Se siente como un vaso quebrado que ya no sirve para nada. Físicamente y mentalmente, está en las últimas. Su reputación está arruinada, su vida está en grave peligro.

Una persona no puede ser aún más tétrico, desconsolado y desesperado. Pero David no se rinde. Enfrenta a todas las adversidades con un decidido “pero”: “Pero yo, Señor, en ti confío, y digo: Tú eres mi Dios. Mi vida entera está en tus manos” (vs.14,15a, NVI).

“Mientras David todavía se lamenta y teme la condenación a muerte por sus adversarios, el cambio se produce en él a través de la oración. Como la oración es un acontecimiento tan conmovedor, cambia el sonido de las palabras y con ellas la situación del orante. El cambio no consiste en que los opresores se hayan apartado, sino en que David mismo, en medio de la lamentación, se entregue de nuevo a Dios: ‘Pero yo, Señor, he confiado en ti. Tú eres mi Dios’” (D. Schneider).

Es bueno que siempre nos animemos unos a otros a orar. Dios escucha cuando nos dirigimos a Él: “Busqué al Señor, y Él me respondió; me libró de todos mis temores” (Sal. 34:4, NVI; lea Sal. 55:22; 57:2; Mt. 7:7,8; Ef. 3:20,21).



Día 9

Salmos 31:15; 139:16

Mis tiempos en las manos de Dios

El soberano Creador y Señor de este mundo tiene nuestras pequeñas vidas en sus manos fuertes. “No somos objetos arrojados por el mar del destino... Dios mismo dirige nuestra vida hacia su gran meta” (C. H. Spurgeon). ¡Es un gran consuelo para corazones inquietos y preocupados! Lea Salmo 66:9, Juan 8:12, y Filipenses 1:21.

Conocemos en alemán la canción de Peter Strauch, referido al versículo 15. Él mismo cuenta cómo lo encontró:

“En el servicio de fin de año..., todos recibían una tarjeta con una lema. En la mía había una palabra bíblica del Salmo 31: ‘En tu mano están mis tiempos’. No podría ser más adecuada. Yo tenía por delante un año lleno de desafíos. Mi agenda estaba demasiado llena y yo no sabía cómo cumplir. Además tenía problemas sin resolver.

Luego apareció esta palabra bíblica. Mis tiempos están en las manos de Dios. Esto me dio seguridad, pude relajarme, todo irá bien. Así se formó una canción. En comienzos del nuevo año, en un curso bíblico de vacaciones con jóvenes, la cantamos por primera vez”.

Podemos usar las siguientes estrofas en nuestra oración:

“La prisa, la falta de tiempo y el tumulto del trabajo me persiguen y me atrapan. Señor, yo clamo: ¡Ven y libérame, guíame paso a paso!

Hay días que parecen no tener sentido. Desamparado, veo pasar el tiempo. Pasan las horas, los días, los años, y me pregunto dónde están.

Mis tiempos están en tus manos.

Ahora puedo estar tranquilo, estar tranquilo dentro de ti.

Tú das seguridad, puedes cambiar cualquier cosa.

Dame un corazón fuerte, hazlo fuerte dentro de ti“.



Día 10

Salmos 31:16,17; 67:1

El Señor nos bendice

Con estas palabras de oración, David recuerda la bendición que Aarón y sus hijos debían transmitir al pueblo: “El Señor te bendiga, y te guarde; el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; el Señor alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz” (Nm. 6:24-26). Cuando Dios nos hace resplandecer su rostro, Él participa de nuestra vida y con gusto da el bien, como corresponde a su sabiduría y su cuidado, reconociendo más que lo momentáneo.

Con la bendición personal de Dios podemos comenzar el día con confianza. La sierva egipcia Agar experimentó el cuidado y el aliento de Dios en una situación desesperada. Entonces oró: “Tú eres un Dios que me ve” (Gn. 16:13, trad. libre). Una mujer contó que estas palabras, como lema, la acompañan todas las mañanas. Y por la tarde termina su tiempo de oración diciendo: “Tú eres un Dios que me ha visto hoy”. Así se hace presente la bendición de Dios en medio de la vida cotidiana (comp. Ef. 1:3).

Donde el rostro de Dios resplandece sobre nosotros, nunca estamos solos. Él escucha cuando le pedimos: “Señor, no permitas que me avergüencen”. David pronuncia estas palabras dos veces (comp. Sal. 31:1, NVI). Con esta repetición, David expresa su profunda confianza en Dios. Por lo tanto, con nuestras preocupaciones, podemos orar siempre, y no desmayar, como lo hacía la viuda en la parábola del juez injusto (Lc. 18:1-8).

Dios se alegra cuando oramos con seriedad y perseverancia, por nosotros y por los demás, como lo practicaba Pablo: “Por lo cual, desde el día en adelante, ...no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que...” (Col. 1:9a; lea Lc. 11:10).



Día 11

Salmo 31:17-22

Gracias por la bondad de Dios

David no se cansa de esperar que Dios mismo intervenga allí donde todo parece perdido y sin esperanza. En su oración, recuerda el fin de los impíos que hablan mal y le menosprecian. Dios es capaz de terminar con la maldad del malo (comp. Sal. 10:15). Los impíos perecerán (comp. Sal. 37:20; 73:3,17-20). Y cuando ellos mueren, “también cesa la blasfemia del nombre de Dios y de su ungido” (D. Schneider) y los comentarios malévolos sobre el creyente.

En el Salmo 31, David habla cuatro veces de la bondad de Dios. Se considera feliz y se regocija (v.7) de que el amor, la bondad y la misericordia de Dios reinen sobre su vida. Por eso, puede apelar a la bondad de Dios también en el enfrentamiento con los que no tienen buenas intenciones para con él (v.16). Se sorprende de que Dios, por su bondad, lo guarda de la amargura y lo sostiene confiando en su ayuda (v.19). Por tanta bondad de Dios, David se deja llevar a la adoración de su Señor (v.21). A pesar de las duras experiencias de sufrimiento, él no se vuelve duro y amargo, sino que puede alabarle de todo corazón.

La adoración y la alabanza no son fáciles para nosotros en tiempos difíciles. En David vemos que el afligido también tiene la responsabilidad de no interrumpir la conversación con el Señor. Hay que mirar siempre a quien es misericordioso y clemente, paciente y de gran bondad (comp. Sal. 103:8). Ni por un alto muro de preocupación, ni por un sufrimiento por culpa propia (Sal. 31:10), David se deja desviar de la inmensa bondad de Dios. “Señor, hasta los cielos llega tu misericordia, y tu fidelidad alcanza hasta las nubes” (lea Sal. 36:5,7,10; 21:7; 25:10).



Día 12

Salmo 31:23,24; 1.Pedro 1:8,9

Amemos a Dios quien nos ama tanto

Después de haber llamado a la alabanza de la bondad de Dios, David al final de su salmo invita a amar a Dios. “Nadie puede alabar a Dios si no antes le ha tomado cariño; tampoco puede amar a Dios si no lo conoce como el más amoroso y el más bueno. Pero cuando lo conocen como tal Dios, que mira en lo profundo y ayuda a los pobres, a los despreciados, a los miserables, a los desamparados, a los desasistidos y a los que no son nada, entonces le amarán de corazón” (Martín Lutero).

Aquí se habla, en primer lugar, del amor cordial de Dios por nosotros. David responde a este amor: “¡Cuánto te amo, Señor, fuerza mía! El Señor es mi roca, mi amparo, mi libertador; es mi Dios, el peñasco en que me refugio. Es mi escudo, el poder que me salva, ¡mi más alto escondite!” (Sal. 18:1,2, NVI).

Vemos cómo la confianza de David en Dios enriquece y amplía su vida así que puede invitar a los demás a la dedicación a Dios. “Quien tiene un corazón rebosante de amor a Dios, naturalmente desea el mismo amor a los demás; porque cuando se trata de su amor, no hay que preocuparse por rivales” (M. Henry).

El Dios viviente, que nos amó primero, anhela nuestro amor (lea Jn. 17:22-26; 1.Jn. 4:19). ¿Cuál es la prueba decisiva de nuestro amor al Señor Jesús? Es individual y un proceso de crecimiento, y no es siempre lo que espera nuestro hermano (comp. Lc. 10:38-42). ¿Cómo queremos *nosotros* mostrar y comunicar nuestro amor al Señor en nuestra vida cotidiana con calma y trabajo?

Después de su experiencia, David está seguro de que Dios conoce todos los asuntos de su vida. Esto lo ayudará a seguir adelante con calma. Así nos invita también a nosotros, al final de su salmo: “Cobren ánimo y ármense de valor, todos los que en el Señor esperan”.


